

LOS HIMNOS DE LAS HIENAS

Sites that had been host to extraordinary suffering will eventually be either burned to the ground or turned into temples.

CORMAC MCCARTHY

Llueve sobre las sierras y el padre de Mateo habla de su militancia contra el mural que la intendencia planea pintar sobre el dique. Siento cómo el agobio y el aburrimiento, los restos de la depresión, se me acumulan en la garganta. Los ojos de Mateo me impiden retrucar. No se puede decorar algo histórico, dice, ¿todo tiene que ser atractivo para el turismo? Quizá en otro momento o acerca de otro lugar tendría razón, pero el dique es una verdadera porquería de cemento sin ninguna belleza, que además tiene una grieta, y el agua huele mal, como a estancada; es decir, creo que la intendencia de este orgulloso pueblo grande debería más bien investigar qué pasa con el agua y por qué apesta.

Les pido permiso porque quiero fumar, y Mateo no me sigue porque sabe que necesito unos minutos solo. Esa es su inteligencia, al menos conmigo: en ciertas situaciones, en cambio, es un atrevido porque le cuesta leer el peligro. Me gusta así, Mateo: lindo y arriesgado, pero casi siempre atento.

Mi padre, del otro lado del teléfono, escucha mis quejas susurradas y después pregunta:

—¿Son gente agradable? ¿Cómo lo tratan al hijo, y a vos?

—Ah, eso muy bien.

—Eso te parece poco.

—Debería ser lo normal.

—Bueno, no lo es. Qué más te molesta.

—Habla todo el tiempo mal de la Argentina, dice cosas como «yo entendería si mis hijos se van», «si quieren lo hacen, tienen pasaporte».

—Es lo que dice el ochenta por ciento de la gente y después lloran escuchando una zamba.

—OK, tenés razón.

—¿Te sentís bien?

Lo pienso. Diferenciar el malhumor del reinicio de una depresión no es tan fácil. Pero lo sé: es malhumor. Me acuerdo de dormir y coger con Mateo anoche, con la ventana abierta, esperando la tormenta negra sobre las sierras, y sí, es malhumor. Se lo digo.

—Volvé a tomar té con esa gente y hablamos mañana.

Nunca dice «te quiero», mi padre, pero a mí no me hace falta.

Cuando deja de llover, las hermanas de Mateo, que son más grandes que él (una es masajista, la otra profesora de gimnasia, y se nota que ambas están preocupadas por estar preciosas), me muestran el rosal pequeño que cuidan en el parque enorme de la casa. Ganaron mucho dinero con el padre, que es veterinario jubilado y se encargó de todos los animales de los alrededores, y la familia de la madre es dueña de una cancha de golf en las afueras, a la que van ricos en general. El padre de Mateo se nos une mientras acariciamos los pétalos blancos y rojos y dice que está muy contento de no ser más veterinario porque todo lo que hacen en el campo con los animales es de una crueldad espantosa. Me sorprende que diga eso y pienso

que lo juzgué mal. Ahora atiende a los gatos y los perros de los vecinos y de sus amigos, cuenta, pero no es lo mismo especializarse en mascotas, por eso no cobra: hace lo que puede, pero siempre les recomienda ir a un profesional que sepa sobre animales pequeños.

—Yo sé sobre caballos y vacas.

Y cuando dice eso, se escucha, con la brisa o con el viento fresco, unas risas o un cacareo que después se convierten en el aullido agudo de una garganta rasposa, atragantada. Se escucha muchas veces y se va, y todos estamos en silencio, especialmente ante esa carcajada inhumana que podría ser un pájaro pero que se escucha al ras del suelo. Saben que deben explicarme de qué se trata.

—Las hienas —dice el padre de Mateo—. Serán hijos de puta.

Mateo, que está un poco más lejos de nosotros con la taza de té en la mano, es el que me explica:

—Para traer más turistas al pueblo...

—A la ciudad —dice el padre.

—*Whatever*. Para traer más turistas se armaron un zoológico a todo culo y ni pensaron en el gasto ni en que ya hay mucha gente a la que le parecen cárceles, ¿no? Para mí es una cárcel.

La madre intervino:

—De que te parezca mal a quemarlo hay un trecho.

—Yo no lo quemé. Más sospecharía de vos porque estaba al lado del golf.

La madre terminó la historia:

—Trajeron, uy, no sé cuántos bichos. Monos de todo tipo, me van a corregir simios estos, porque son unos puntillosos, pero vos me entendés. Menos gorilas creo que todo. Leones, un tigre, jirafas, focas y animales de ese tipo, un serpentario tremendo que a mí me daba un cagazo es-

pectacular, pájaros... Y trajeron hienas también. Pumas había, pobrecitos. Esos se quemaron porque no pudieron salir.

—¿Esto cuándo fue? Debe haber salido en los diarios —me asombré. Pensé en los animales, en el fuego, y tuve escalofríos.

—¿Hará un año, Mateo? Más o menos. Sí, salió en los medios. ¡Hasta en la Capital!

Un año atrás yo estaba internado y babeando de medicación. Por eso no sabía nada.

—Vos ni mirás la tele. —Mateo sonrió, cuidándome, de nuevo.

No se sabía quién había iniciado el fuego, si enemigos políticos del intendente, o si había sido involuntario (en verano, había incendios en los bosques de eucaliptos y quizá habían llegado hasta el zoológico, que tenía muchos árboles), y también se hablaba de activistas por los derechos de los animales y, de hecho, se los había acusado aunque ellos aseguraron, con razón, que jamás provocarían semejante daño a quienes querían proteger. Habían protestado mucho y de forma sostenida, así que terminaron siendo el chivo expiatorio.

—El juicio empieza este mes —dijo Mateo—. Ahora viene lo de las hienas. La mayoría de los animales que murieron en el incendio porque se quedaron atrapados no fueron, hablemos en serio, la mayoría. Se murió una leona, que fue un espanto, y dos pumas, no entiendo cómo, porque los gatos saltan, pero se ve que estaban medio arrinconados. A los demás se los pudo atrapar a todos, hasta a las dos jirafas, y se los mandó al zoológico de Luján. Los animales de agua zafaron por las piletas. Las únicas que se escaparon y no pueden encontrar ni vivas ni muertas son las hienas. Había una pareja, así que capaz

hasta tuvieron cría. Se las escucha. Yo nunca las vi, pero no ando por las sierras.

—Yo sí ando —dijo la hermana profesora de gimnasia—, y tampoco me las crucé. Pero una vez las escuché así riéndose, cerca. Estaba corriendo en la sierra y me pegué un pique de vuelta que madre santa. Tardé un mes en volver a subir.

—Igual son carroñeras —le dijo Mateo, y se le acercó para hacerle cosquillas—. Nomás te comen si ya estás muerta.

—Sorete, soltame.

Las hienas no eran carroñeras solamente, y él lo sabía, pero quiso relajar el momento un poco. Logró hacerla reír sin soltar su taza de té.

—Hay gente que las vio —dijo el padre, poniendo paños fríos como Mateo—. Pasa que tienen un color parecido a la sierra y boludas no son.

No comimos juntos. Las chicas se fueron, los padres de Mateo tenían un cumpleaños y nosotros nos hicimos una picada grotesca con chacinados de la zona y quesos de todo tipo, más cervezas locales y un champán. Desde que dejé de tomar las pastillas, el alcohol me pega como un martillazo, pero me emborraché levemente. Ninguno de los dos tenía ganas de coger, así que nos hicimos unas pajas mutuas y perezosas que nos llenaron de sueño y ganas de estar debajo de las frazadas. Mateo abandonó los restos de la picada en el pasillo: a la mañana los limpiaba la empleada, Doris, que era como una sombra.

—¿Cómo es tener padres ricos? —le dije desde la cama.

—Genial —dijo él, y saltó sobre el colchón antes de meterse en la cama a mi lado.

Le acaricié el pelo siempre un poco electrizado; la única luz era la de la tele sin sonido. No me gusta dormir a oscuras, a Mateo le da igual.

—¿Sabías que las hienas hembras tienen pija?

—Ay, no, de vuelta con las hienas.

En la oscuridad, le escuché la curiosidad a pesar de la queja y seguí:

—Bueno, tienen un clítoris en forma de pene que imita una pija. Hasta tienen escroto falso.

—¿Huevos?

—Sí.

—Las hienas son trans.

—Ni se te ocurra decirlo afuera de esta habitación.

—Sabés bien que estoy entrenado. ¿Y se les para?

—Sí. Pero se les hace difícil parir, porque no tienen vagina o algo así.

—¿Y por dónde salen? Algo tienen que tener.

—No me acuerdo. Tampoco me acuerdo de por qué evolucionaron así.

—Qué, es de la época que mirabas National Geographic.

—Sí, pero me quedó ese detalle.

—Sos un morbosito en el fondo —dijo, y bostezó.

Afuera llovía mucho y me costó dormir. Hasta escuché a los padres de Mateo volver del cumpleaños bastante tarde y, por lo poco que entendí de lo que decían, medio borrachos.

Nos levantamos temprano para poder pasear por el pueblo. La ciudad, me corrigió Mateo, en chiste. No había mucho que ver, pero tenían una portada de cementerio hecha por el arquitecto Francisco Salamone, un Cristo art déco sacado de una Metrópolis de pesadilla pegado sobre una cruz gigantesca, de más de diez metros. El cementerio no era gran cosa, me dijo, pero lo podíamos recorrer otro día. Salamone hizo algunas casas privadas en la ciudad, te

las voy a mostrar. Los dueños las hicieron mierda adentro, la gente es muy bruta, pero de afuera no las pueden tocar. El museo regional estaba cerrado: todavía conservaba cabezas de indígenas asesinados durante la Conquista del Desierto, y muchos vecinos habían hecho peticiones para que, al menos, si nadie las reclamaba, las guardaran, que no se exhibieran.

—Pero siguen ahí. —Mateo se encogió de hombros.

Nos sentamos en la plaza frente al museo, que era muy bonita. Estatuas traídas de Francia, una de un joven tirando un disco que debía haber sido la locura de los pen-dejos putos del pueblo, y una glorieta limpia y sin adolescentes con sus teléfonos, al menos esa tarde. Mateo era casi un adolescente comparado conmigo, pero no se notaba tanto la diferencia de edad. A sus padres no les molestaba; de hecho, creo que les parecía mejor, aunque ni lo mencionaron. Diez años, después de todo, no eran tantos.

—Ya sé dónde podemos ir —dijo, y me dio un beso ahí en la glorieta. Yo me puse tenso, pero él me miró con sus ojos siempre sorprendidos y negó con la cabeza. De día, al menos, en el pueblo nadie iba a hacer algo más que gritarnos trolos. De noche, con los borrachos en las motos después de la previa, era otra historia. Y siguió con su plan: Al palacio de los Aguirre.

Ahora yo dije que no.

—Me revienta el turismo de campos de concentración —rezongué.

—No, ¡es tan lindo! Ya terminaron además los juicios, ya se juntó toda la prueba. Es una mansión espectacular. En el parque hay una placa y un monumento que para ser de un escultor local está bastante bien.

—Me lo estás confirmando. Fue un campo de concentración.

—Sí, se sabe que torturaban en el sótano. Pero fue muchas cosas más. La casa de verano es de los ricos estos, que *bytheway* son los dueños de todos los quesos que te comiste anoche, así que al Mal ya lo tenés incorporado. Después los expropió Perón y, cuando se la devolvieron, a la mansión, digo, se la habían fumado toda y la donaron, comillas, al Ministerio de Educación. Así que del 55 hasta que vino el golpe fue un, ¿cómo se llama donde se estudiaba antes para ser maestra?

—¿Magisterio?

—Sí. Y lo usaron de centro clandestino un año nomás según el juicio, porque parece que la gente iba a jugar al predio, es enorme, son como cincuenta hectáreas, y aunque queda bastante lejos de la ciudad, no era tan secreto. Acá siempre se fue a jugar a ese parque. Tiene una glorieta como esta pero mil veces más grande, toda llena de hiedra; parece Rivendel.

Suspiré.

—Se mete gente a vivir también. Hace poco, me dijo mi hermana, se cayó la escalera. Tienen cerámica italiana, había hasta adornos venecianos, una locura. Ahora hay muchas pintadas.

—Pentagramas, me imagino.

—¡Satán! De esas cosas que a vos te gustan, no te hagas el pelotudo. Si te hace sentir mal nos vamos. Estoy con el auto.

—No me voy a sentir mal —dije, y traté de tragar mi hipersensibilidad—. Vamos.

Entramos por la parte de atrás, es decir, por lo que Mateo llamaba Rivendel. La glorieta, sin techo, con una mesa redonda en el medio, realmente parecía, sobre todo

por su escalera, el escenario del Concilio de Elrond. Desde abajo no se veían las ruinas del castillo, como se lo conocía, y supongo que se le debía llamar así porque se construyó en los años veinte imitando a los castillos franceses, pero con una mezcla bien argentina, como iba a ver después. No soy un experto, pero reconozco una baldosa española cuando la veo. El don Aguirre, de los quesos y quién sabe cuántos campos, era obviamente vasco; ella, para quien hizo el castillo, francesa. Tenían casa en Europa también, en Alemania. Como al zoológico, el fuego se había llevado parte del castillo.

—¿Este fue intencional también?

—Vos sos argentino como yo, no me preguntes pava-das. No se puede saber.

Mateo me contestó así, pero no estaba enfurruñado. Al contrario. Me hablaba de pícnicos y recitales, de incluso primeros novios en Rivendel, de tener miedo de quedarse de noche, pero sobre todo porque era lejos (o eso decía). Señalaba la escalera derrumbada y la chimenea increíblemente bien conservada. Todo el mármol de Carrara y las canillas de oro de los baños se las llevaron los militares.

—Lo que más me saca es que eran chorros, encima.

—También robó la gente que venía, no te creas. Había incluso muebles. El incendio atacó los árboles, había algunos muy viejos. Acá apenas llueve. Vení.

Rodeamos el castillo por la izquierda. Había pocas pintadas y muchas de ellas eran declaraciones de amor. La boiserie de madera, sin pintar, se conservaba en lo que seguramente era el hall de entrada y quizá el comedor principal.

—A mí me gustan las ruinas —susurré, porque la ausencia total de otros visitantes o de gente jugando o corriendo o tomando sol en el parque me estaba poniendo nervioso—, pero esto se pudo haber arreglado.

—Ya no. Pero tampoco lo van a demoler porque al in-
tendente lo cuelgan de la pija. Entonces está así.

Encontramos un aljibe sin balde, que parecía muy profundo, y algunas ventanas, todas con los vidrios rotos, tapadas con chapas. Las tejas se mantenían en su lugar, lo mismo que las columnas de la entrada. Era extraño: daba sensación de fragilidad y permanencia a la vez, como si el edificio se resistiera a las calamidades, al tiempo y al abandono. Se resistía con poco, con uñas cortas y manos artríticas, pero se aferraba a esa vida rural, a su majestuosidad triste, al lento regreso a la vida de los árboles quemados.

—Entremos, dale, es temprano —dijo Mateo.

Me iba a negar, pero ¿para qué? Casi por reflejo comprobé si había señal de celular. Había. Adentro faltaban grandes trozos de techo en muchas habitaciones y en algunas se filtraba la hiedra. Pero no demasiado. No como ingresa en las verdaderas ruinas. Adentro se notaba más. Alguien viene acá, pensé. No solo los linyeras, no solo gente que viene a pasar la noche. Alguien ayuda a mantener el edificio.

La idea me hizo retroceder y casi tropiezo con un pedazo de inodoro. Al darme la vuelta vi una de las habitaciones y tuve que ahogar un grito. Estaba llena de ropa. Casi un metro de ropa, no en un montón en el medio, sino sobre toda la extensión del piso. Mateo la vio y tuvo una reacción totalmente opuesta a la mía. Me di cuenta de que se trataba de uno de esos errores de juicio que a veces tenía, una ceguera temporal ante el peligro. Pero no se lo podía explicar.

—¡Mirá qué loco! Debe ser, ya sé, en el parque se hacen ferias y se vende ropa de segunda mano. La que ya ni da para vender la deben tirar acá.

—No la toques.

—¡No es ropa de muerto!

—Qué sabés. En todo caso, es ropa ajena.

—Ah, por qué les va a molestar que juguemos un rato si la dejaron acá llena de polvo.

—Es mucha ropa, Mateo.

No sé qué quise decir con eso. Que no era normal esa acumulación. La ropa no estaba ordenada ni tenía ningún objetivo claro, pero me recordaba, y eso no podía decirse-
lo porque se iba a reír, a la ropa dejada atrás para entrar a un lugar de exterminio. El exterminio es desnudo. Era una tontería. La ropa era nueva. Y alguna, como descubría Mateo mientras yo trataba de respirar normalmente y buscaba una pastilla (un «rescate», como lo llama mi psiquiatra) en el bolsillo del jean, eran disfraces. De hecho, se puso sobre la remera una blusa dorada de manga larga, que parecía de un payaso o un animador, con botones rojos enormes. Sacátela, pensé. Como si le hubiese llegado mi pedido, se cayó sobre la ropa, pero, lejos de asustarse, le escuché esa risa despreocupada que, sin embargo, en la soledad y las altas paredes del castillo parecía un cacareo. Tuve miedo de que, cuando se levantara, no tuviese la piel bronceada que tanto me gustaba, sino las manchas moteadas de las hienas.

Se levantó animado y juguetón. Con la caída había encontrado una galera medio rota y se la puso de costado. En otro contexto hubiese corrido a abrazarlo: el pelo largo le quedaba perfecto con la galera negra. Igual seguí sin entrar, pero él salió, con la ropa puesta, y en uno de los pasillos fingió sacar algo de la galera, con las piernas curvadas como un cómico de cine mudo. Se la volvió a poner y siguió la excursión despreocupado. Yo paré un segundo a tomarme la pastilla. Seguía nervioso. La sensación de alerta no había pasado.

Perdí de vista a Mateo y grité su nombre. No me contestó. Él no me hacía ese tipo de chistes. Ni a mí ni a nadie. Más asustado, apuré el paso: no corrí para no caerme tropezando con algunas de las tantas cosas, vigas y maderas y colchones, que había por ahí.

La habitación siguiente no era una habitación. Era un garaje que ningún espacio sugería desde afuera. De todos modos, se podrían haber tirado abajo algunas paredes y arreglado el techo para que provocara el efecto insólito que estaba viendo: completo, sin grietas, sin agujeros, solo una claraboya en el centro que iluminaba de forma tenue todo el espacio, pero de manera muy clara el centro, como una luz artificial, teatral. Un reflector. Y, debajo, un hombre.

Al principio me costó acomodar los ojos a la semioscuridad, pero al fin lo vi. Totalmente calvo: su cabeza era enorme y pesada, como un busto de bronce. Estaba vestido con una camisa blanca y pantalones de trabajo o de policía, no se veía bien. No se lo veía bien a él en otro sentido: su presencia se parecía a flashes, a disparos de una cámara.

Tenía a Mateo atrapado del cuello con un brazo. En el otro blandía un cuchillo.

—Siempre lo mismo —dijo.

No vi que moviera los labios, pero no había nadie más ahí. Y entonces empezó lo peor. Arrastró a Mateo de los pies por toda la sala y, cuando gritaba, le pateaba la cara o las costillas o el estómago hasta que yo mismo le dije, callate, callate, y el tipo pensó que le hablaba a él.

—¡Vas a ser el próximo! —me gritó. Ladraba. Y se rió cuando saqué el celular, que estaba apagado—. No sirve acá eso. Estás en otro lado.

Levantó a Mateo y lo arrojó contra lo que yo creía que era la pared, pero no: era una cama. Sin colchón. Los

elásticos de una cama. Miré alrededor: había muchas, como en un dormitorio comunitario de un orfanato o de una prisión. O de una sala de torturas. Mateo estaba medio desmayado, pero el hombre no dejó de pegarle y, cuando por fin pude moverme y corrí, me caí al piso. Tenía los pies atados. No me había tropezado ni enganchado con nada: los tenía atados, y muy bien, con cinta adhesiva. ¿Cómo había pasado eso? ¿Alguien lo había hecho y no lo sentí?

Desde el suelo vi acercarse sus botas y, al mismo tiempo, escuché cómo, desde las camas, llegaban llantos, gritos, súplicas, puteadas.

—Pero no los escuchan —dijo el hombre, y su calva brilló bajo la claraboya—. Estamos lejos. Y, además, tengo ayuda. ¡Las hijas de la noche!

Y las hienas empezaron a cantar. No puedo definirlo de otra manera. Se reían y aullaban, pero el coro tenía cierto sentido estético horrible, funerario, la anticipación de una jauría infernal que tiene la obligación de no dejarte escapar y que lo disfruta con locura.

El hombre sacó a Mateo de la cama y lo tiró a sus pies. Le vi la cara ensangrentada, pero los ojos estaban idos. ¿Lo había matado? No. Las manos le temblaban, probablemente de dolor.

—Lo flojos que vienen, eh. Ya no se bancan una paliza. Yo tengo mucha resistencia. Siempre tuve.

Las hienas se reían y pensé: esto no existe. Pero cómo escapar de algo que no existe. El hombre nos gritó:

—¡Miren, guachos! Esto es resistencia.

Y se cortó la oreja con el cuchillo. No fue un corte seco y definitivo. Se la cortó como a un salamín. Serruchando.

Lo miré en silencio, con odio, con miedo, pero también con la certeza de que no era una persona. No podía

serlo. Las camas corcoveaban como si tuvieran gente encima, las mismas personas que lloraban, y sus llantos eran tapados por las hienas. Pobres animales, las hienas. Nadie nunca piensa algo bueno de ellas. Le sostuve la mirada al pelado y le dije:

—A ver qué más aguantás.

De la misma manera, como si fuese un serrucho, se cortó la punta de la nariz. La sangre goteaba sobre Mateo, que se despertó y, cuando lo vio, volvió a intentar escapar. El hombre le pateó la entrepierna con fuerza. Pero ya no tenía tanta energía. ¿O me parecía a mí?

—Quiero que te rías como tus amigas. Agrandate la sonrisa. Dale. ¿Aguantás el dolor o no?

—La puta que te parió —dijo, y ahora sí, de dos tajos se agrandó la sonrisa. El hombre que ríe.

Le vi las muelas viejas, emplomadas, amarillas, bajo la luz de la claraboya. Pero su presencia, esos flashes como de fotos en los que aparecía, cada vez era más corta. Los flashes entre los baches de oscuridad, quiero decir. Se corrió de la luz de la claraboya, sangrando. Me arrastré para estar cerca de Mateo, que tenía la cara roja de sangre y de esfuerzos para no gritar y recibir más golpes.

Lo escuché rugir cuando vio que me arrastraba y otra vez empezó a patear a Mateo en el suelo: sabía que era más efectivo que pegarme a mí, que me dolía más.

Algo pasó cuando cerré los ojos, solo por el esfuerzo de pensar qué hacer, a quién llamar, cómo escapar. Llegaba con las manos a las ataduras de los pies, pero estaban muy bien hechas: yo también necesitaba un cuchillo. Usar las camas no iba a servirme, pero a lo mejor eran el secreto. Cuando traté de acercarme a alguna de ellas, ya no estaban. Las camas habían desaparecido de la misma forma que, de repente, habían surgido de la nada. Entonces lo supe. Él

también se iba a ir. Tenía que evitar que se llevara con él a Mateo. Y lo único que funcionaba era desafiario: hacerlo perder tiempo. Por algún motivo, obedecía órdenes. Un soldado bajo la claraboya. Un soldado que quería dolor.

—Cortate un dedo. Para mí, a vos la cara no te importa. Pero un dedo, para tu trabajo...

Gruñó a la claraboya como un animal atrapado, como si esa luz lo creara, su dios que estaba silencioso y no le permitía decir no y terminar su trabajo, no lo dejaba desobedecer las órdenes de ese gusano que se arrastraba en el suelo. Volví a sacar el celular. Estaba encendido. No tenía señal, pero sí luz. Puse la linterna y lo iluminé.

Ojalá no lo hubiese hecho, porque ahora no puedo olvidarlo. Las mejillas abiertas, la nariz como de calavera, esa calva limpia y radiante.

Cuando estaba por llevarse el cuchillo al dedo, desapareció. Y con él la claraboya y lo que quedaba, si quedaba algo, de las camas. La cinta adhesiva que rodeaba mis pies. Estábamos, Mateo y yo, en una sala grande abandonada, parecida a las otras; es decir, en las ruinas del palacio. Y era de día. El celular, que funcionaba, inclusive el reloj, decía que habían pasado diez minutos.

Mateo estaba desmayado, así que lo tomé en brazos y le saqué la ropa de payaso afuera, sobre el pasto. Dejé por ahí la blusa dorada y esa galera tortuosa. No tenía ni una herida ni un moretón ni la sangre del pelado sobre la cara tal como se la había visto. Le levanté la remera. La piel de siempre. Lo subí al auto y traté de recordar cómo manejar. En el pueblo no había muchos autos, pero sí motos y bicicletas, que andaban a toda velocidad, y nadie llevaba casco.

Llegué pálido y temblando al hospital, pero Mateo ya se había despertado. Lo convencí de entrar a la guardia

con una mentira. Que cuando salió de la habitación llena de ropa, lo último que se acordaba, se había llevado una viga por delante y, al caerse, se desmayó. Lo revisaron sin mayor preocupación porque lo encontraron bien. No tenían el equipo para hacer una resonancia magnética en la ciudad, pero no había ningún signo de contusión. A lo mejor estabas en ayunas, le dijo el médico, y le desordenó un poco el pelo. Todos conocían a su familia y lo habían visto crecer.

Volvimos en silencio y yo manejé. No estaba asustado por el supuesto accidente, pero algo lo mantenía con los labios apretados. Por supuesto, cuando llegamos a la casa de su familia era todo sonrisas, aunque no les contó lo de la ropa.

—A mí ese lugar no me gusta —dijo su mamá—. Por mí que se caiga, que lo derrumben. Ya investigaron, ya está. Ese lugar no puede tener nada nuevo y es siniestro.

Mateo se acercó a la cocina, a servirse un vaso de Coca-Cola. Cuando me besó, tenía el gusto metálico y dulce en la lengua.

—No me cuentes nunca lo que pasó en el palacio. No se lo cuentes a nadie —me dijo al oído.

—No sé de qué estás hablando —le respondí, muy serio—. A lo mejor sí que quedaste mal del golpe.

Me apuntó con el dedo al pecho. El gesto decía: vos sabés guardar secretos.

También decía: gracias.